
El proceso de formación de clase*

(una Crítica a Adam Przeworski)

Homero Rodolfo Saltalamacchia

Introducción:

En su artículo "El Proceso de Formación de Clase",¹ Adam Przeworski analiza el concepto de clases sociales. La importancia política de los temas sugeridos por el autor nos impulsó a introducirnos en la polémica.

Przeworski plantea que el economicismo ha impedido resolver algunos puntos de relevancia sustancial para la teoría de las clases sociales; tal es el caso, por ejemplo, del carácter de clase de los trabajadores no-manuales. Desde esa perspectiva economicista —que ubica los secretos de la política en el pasaje de la clase-en-sí a la clase-para sí— algunos autores han centrado sus investigaciones en torno a la siguiente pregunta: "¿Cuáles son aquellos actores históricos de los cuales es posible esperar que se pongan en movimiento a partir de su existencia "objetiva" en las relaciones económicas".

El autor argumenta que las elaboraciones teóricas guiadas por aquella pregunta se debaten en un intento imposible por precisar los límites por medio de los cuales sería pertinente distinguir las diversas clases o fracciones. Su idea básica es que: "el

*Este artículo es una versión corregida de una monografía escrita como parte de las exigencias del curso de maestría en Ciencias Políticas del IUPERJ (Instituto de Pesquisas de Rio de Janeiro). Debo agradecer las críticas y el aliento de Guillermo O'Donnell, César Guimaraes, Alicia Zicardi, Eduardo Viola, Juan Carlos Portantiero, Sebastián Velasco y Cruz, Carlos H. Hasembalq y Mario Brackmann Machado.

¹ Przeworski, A., "El proceso de la formación de clases", *Revista Mexicana de Sociología*, (México, D. F.) XL: 1978 número extraordinario. Las cifras entre paréntesis (Ej.: p. 8) corresponden a la página del texto citado: Przeworski, 1978.

análisis concreto es incompatible con aquellos supuestos"; las clases, dice, se forman como efectos de la lucha de clases y en esa lucha ellas transforman las condiciones en que son formadas. Para fundar dicha propuesta, efectúa una profunda redefinición del concepto de clases y de las bases teóricas, a partir de las cuales comprender el proceso histórico: ante la problemática del pasaje de la clase-en-sí a la clase-para-sí, propone encarar el tema estudiando los caminos en los que transcurre el "proceso de formación de clase".

Convencidos de la juteza e importancia de la crítica przeworskiana, nuestro objetivo será el analizar su propuesta alternativa. Nos ocuparemos de aquellos supuestos que permiten al autor proponer el concepto con que titula su artículo. Intentaremos demostrar que él mismo, aun cuando rescata aspectos ocultos u olvidados por la problemática a la cual impugna, no logra superar los supuestos básicos sobre los que aquélla se organiza. La hipótesis que nos alienta es que, más allá de sus importantes sugerencias, la estructura teórica del trabajo criticado permanece tributaria de la cosmovisión cuestionada.

Lo expresado más arriba establece los límites de nuestra pretensión: circunscribiremos el análisis a los supuestos que vertebran el trabajo, los cuales, expuestos brevemente son:

1. Que las clases sólo existen en tanto constituidas en "actores históricos", es decir, en fuerzas políticamente organizadas y autónomas.

2. Que las luchas de clases deben ser entendidas como luchas entre "proyectos políticos de fuerzas políticas".

Es justamente el no reconocimiento de la existencia de clases sociales, más allá de su sustantiva-

ción en "proyectos políticos de fuerzas políticas", lo que da sentido al concepto de "proceso de formación de clase". Este alude a los mecanismos que permiten la aparición de las clases sociales en tanto actores históricos no siempre existentes.

Nuestra argumentación, en síntesis, será la siguiente:

1. Que la problemática de la formación de clase se asienta en una concepción tecnologicista del concepto de fuerzas productivas y de lo económico en general.

2. Que esa concepción tecnologicista proviene de una crítica insuficiente a las corrientes economicistas señaladas justamente por Przeworski como el principal obstáculo para la construcción de una teoría de las clases sociales.

3. Que su definición de clase como "agentes históricos tales que se corresponden unívocamente con lugares dentro de las relaciones de producción" (p. 133) (1): a) asocia indebidamente niveles que, para comprender la dinámica histórica, deben permanecer analíticamente diferenciados: el de las "relaciones sociales" y el de las "instituciones"; b) transforma el concepto de clase en un concepto autosuficiente —las clases no son definidas como aspectos de una contradicción— lo cual termina ocultando las razones del enfrentamiento entre ellas.

4. Que los aciertos que dan importancia al texto sólo pueden ser recuperados a partir de una crítica efectiva al economicismo, y situados en el contexto de una teoría de la organización de las clases subalternas.

Presentaremos, en el transcurso del trabajo, algunas notas que indiquen el sentido en el que, según nuestro entender, deberían ser encarados los pro-

blemas abordados por el autor e intentaremos explicitar algunas de las consecuencias que podrían desprenderse del enfoque criticado.

1. Críticas al economicismo

1.1 La Definición de lo Económico

“. . . las clases”, dice Przeworski, “no surgen como actores históricos desde lo ‘objetivo’. . . El problema con la clasificación de las posiciones objetivas de clase no es que ellas constituyan clasificaciones, ni que ellas sean siempre necesariamente arbitrarias, sino que son pensadas para responder a un problema incorrectamente formulado: ¿cuáles son los actores colectivos que surgirán en la lucha a partir de bases objetivas? (p. 113).

Dicho planteamiento encuentra su origen, según el autor, en la distinción marxista entre “clase-en-sí” y “clase-para-sí”: “clase-en-sí” es una categoría definida en el nivel de la “base”—base que es simultáneamente objetiva y económica—. “Clase-para-sí” es el grupo en el significado sociológico del término i.e clase caracterizada por organización y conciencia solidaria. Dadas estas categorías el problema —teórico y político— es formulado en términos de la transformación de lo “objetivo” i.e lo económico, en lo “subjetivo” i.e relaciones político ideológicas de clase”. (pp. 114-115).

La teorización sobre la mecánica de dicho pasaje siguió, según el autor, dos líneas fundamentales:

1. “en la versión determinista, las relaciones objetivas se transforman necesariamente en relaciones subjetivas. Puesto que las relaciones objetivas definen los intereses y la lucha de clases es una lu-

cha por la realización de intereses, esto lleva a una deducción según la cual las posiciones objetivas se ven 'reflejadas' en los intereses expresos y en las acciones. Por un camino u otro, tarde o temprano, las relaciones objetivas de clase 'encuentran expresión' espontáneamente, en el nivel de la actividad o la conciencia." (p. 116).

2. "La segunda respuesta es básicamente voluntarista. En esta perspectiva, las condiciones objetivas no llevan espontáneamente, 'por sí mismas', a una organización de clase". . . "Las clases se forman políticamente sólo como resultado de la intervención organizada de un agente externo, el partido. El proceso de organización espontánea no llega a asumir una forma política: Esa forma política sólo puede ser introducida por partidos sobre condiciones históricas concretas de crisis". (p. 116).

La caracterización expuesta, correcta en términos generales, es de todas formas insuficiente. Para criticar y superar dichas versiones es indispensable averiguar cuáles son los fundamentos teóricos que les permiten pensar la distinción entre lo "objetivo" y lo "subjetivo"—o entre clase-en-sí y clase-para-sí—en los términos en que lo hacen. Eso es lo que intentaremos hacer; dicho esfuerzo nos permitirá, al mismo tiempo, explicitar algunos supuestos teóricos que podremos luego utilizar en el análisis del texto de Przeworski.

¿Qué es lo que posibilita a las corrientes economicistas a atribuir un carácter objetivo a las relaciones económicas? —o, dicho de otra manera, ¿qué es lo que afirman esas corrientes al atribuir ese carácter a esas relaciones?

"No es la conciencia del hombre la que determina su ser social, sino, por el contrario, es el ser

social el que determina su conciencia".² Las diversas corrientes del materialismo histórico acuerdan con dicha tesis. Sin embargo, el acuerdo se diluye cuando se trata de definir lo que en esa proposición aparece como su variable independiente. ¿Qué es lo que entendemos por "ser social"? ¿Cómo pensar, a partir de su definición, la sociedad?

El economicismo remite, para comprender la organización y dinámica de la sociedad, a las formas en que se estructuran las relaciones entre el hombre y la naturaleza: lo que explica la sociedad y sus transformaciones es el dominio creciente, técnico, unilineal, del primero sobre la segunda. Dicho dominio es aprehendido por el concepto de "incremento de las fuerzas productivas".

Son aquellas "fuerzas", así definidas, las que atribuyen un carácter "objetivo" a las relaciones económicas. La ausencia, en su seno, de las contradicciones sociales permite, en efecto, crear la ilusión de un desarrollo en el que estén ausentes las contingencias de las relaciones entre los hombres; la estructura económica, que se mueve impulsada por el ritmo de aquel desarrollo, pareciera entonces admitir un estudio preciso: "con la precisión de las ciencias naturales". Y la superestructura, reflejo más o menos inmediato de la estructura económica, adquiere, por esa vía, los parámetros de su objetividad; los desvarios subjetivos que la caracterizan encontrarán, en última instancia, en el desarrollo objetivo de las fuerzas productivas, sus límites y carriles de desempeño; las relaciones sociales terminarán, sin

² Marx, Karl. "Prólogo a la contribución, a la crítica de la economía política", *Obras Escogidas*, Cartago, Buenos Aires, 1957.

alternativas, correspondiendo, en su estructura, con el desarrollo de las fuerzas productivas.

Conviene, antes de continuar, discutir los términos en que aquella proposición marxista puede ser interpretada; sólo así podremos establecer las bases de un debate con el economicismo que no nos introduzca en la oposición falsa entre sus supuestos y los del idealismo. Para dicho propósito la "ideología Alemana" tiene una ventaja importante, la de ser un texto en que sus autores explicitan las principales tesis de la "filosofía de la praxis" polemizando con el idealismo. Lo tomaremos, por ello, como base para desplegar nuestro razonamiento.

En dicho texto podemos leer: "Sólo conocemos una ciencia, la de la historia. Esta puede ser examinada bajo dos aspectos: podemos dividirla en historia de la naturaleza e historia de los hombres. Sin embargo esos dos aspectos no son separables; en tanto existen hombres su historia y la de la naturaleza se condicionarán mutuamente. . ."³ Aquí encontramos la diferencia esencial con el idealismo: la historia no puede ser pensada sino como un capítulo, singular, de la historia natural. Lo que justamente Marx y Engels critican es el pensar "las contradicciones en la naturaleza y en la historia como si hubiese 'cosas' separadas, como si el hombre no se encontrase siempre frente a una naturaleza que es histórica y de una historia que es natural."⁴ Lo que rechazan es cualquier forma de dualismo que oponga lo humano a lo divino o lo material a lo espiritual.

³ Marx, Karl y Engels, Federico. *A ideología Alema*. Ed. presença, Lisboa, 1974, Vol. 1, p. 18

⁴ *Ibid.* p. 31

A partir de esta concepción es que debe encararse el estudio de la sociedad; el hombre, en tanto ser material, debe reproducirse y transformarse como materia y debe, para ello, mantener un permanente intercambio con el resto de la naturaleza; esa es su actividad productiva. Pero, ¿cómo es que esa actividad productiva se lleva a cabo?

Uno de los elementos que diferencian al hombre de las restantes especies animales es su relativamente débil organización instintiva. La contrapartida de ese subdesarrollo es una capacidad de adaptación al medio mucho mayor. El hombre transforma el medio circundante adaptándolo a sus necesidades. Pero esa actividad no es individual sino colectiva; el trabajo implica siempre una determinada forma de cooperación, es decir, de organización social.

Lo que interesa destacar aquí es que: 1) esa actividad productiva, siempre social, se realiza de acuerdo a un plan y 2) que la gestación social de ese plan requiere la presencia de un determinado lenguaje y una determinada conciencia, es decir, de un universo simbólico.⁵ Nada autoriza entonces a pensar lo ideológico y lo económico como dos mundos separados; hacerlo implicaría recaer en el dualismo rechazado. Determinación en última instancia por lo económico significa, a esta altura del razonamiento, el tener permanentemente presente que el hombre es un ser material y que, por lo tanto: 1) la actividad productiva es decisiva en su subsistencia y 2) que en la comprensión de la sociedad cumple un papel principal la forma en que esa producción está

⁵ *Ibid.*, Berger y Luckman. *La Construcción social de la realidad*. Amorrortu, Buenos Aires 1968; Gramsci, A. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Lautaro, Buenos Aires, 1958.

organizada. Es, pues, a partir de lo económico que puede estudiarse el proceso social en su conjunto, no a la inversa. Pero, ¿qué es lo económico?

El punto es de vital importancia. Y es allí donde nuestra definición se aleja de la definición economicista.

El proceso productivo, lo hemos dicho, no puede ser concebido como una actividad individual ni como la suma de la actividad de distintos individuos; es una actividad social. Denominamos así a la relación que los hombres establecen entre sí en el proceso de apropiación de la naturaleza. Podemos, en homenaje a la brevedad, tomar a la sociedad como un todo y hablar de la contradicción hombre/naturaleza. Si, como es el caso, nuestro interés es estudiar la sociedad, ésta debería ser tomada como el aspecto principal de dicha contradicción. Pero pronto esa simplificación se torna insuficiente. Para avanzar no podemos menos que examinar las diferenciaciones que ocurren en su seno pues son ellas las que han de especificar las características del proceso productivo: aun en las sociedades no divididas en clases la actividad productiva es compleja e implica una cierta división del trabajo (división del trabajo por sexo y edad, por ejemplo).⁶

⁶ Despojada de sus connotaciones puramente económicas —o incluido en un concepto más amplio dentro del cual siga denominando aspectos económicos— el concepto de fuerzas productivas puede ayudarnos a designar a aquellos productos de la acción humana que se alzan sobre la coyuntura, determinándola. Es en ese sentido que podemos suscribir la cita de Marx que anotamos a continuación: “Huelga añadir que los hombres no son libres árbitros de sus fuerzas productivas —base de toda su historia— pues toda fuerza productiva es una fuerza adquirida, producto de una actividad anterior. Por tanto, las fuerzas productivas son el resultado

No es el caso, ahora, desarrollar el conjunto de las implicaciones teóricas que conlleva esta manera de enfocar el asunto. En adelante sólo nos interesará utilizar lo dicho para enfrentar las tesis economicistas. Nos detendremos particularmente en las que corresponden a la forma en que son concebidas las fuerzas productivas.

“Al hablar de fuerzas productivas, de ‘fuerzas’ de producción, se sugiere de inmediato la posibilidad de una enumeración: las fuerzas productivas son la población, las máquinas, la ciencia, etc., a la vez

de la energía práctica de los hombres, pero esta misma energía se halla determinada por las condiciones en que los hombres se hallan colocados, por las fuerzas productivas ya adquiridas, por la forma social anterior a ellos, que ellos no han creado y que es producto de la generación anterior. El simple hecho de que cada generación posterior se encuentre con fuerzas productivas adquiridas por la generación precedente, que le sirve de materia prima para la nueva producción, crea en la historia de los hombres una conexión, crea una historia de la humanidad, que es tanto más historia de la humanidad por cuanto las fuerzas productivas de los hombres y, por consiguiente, sus relaciones sociales, han adquirido mayor desarrollo” (Marx; 1957; 741).

Independientemente del economicismo y progresismo que puede desprenderse de este texto y de su contexto, esas afirmaciones señalan un principio importante de interpretación histórica. Si bien no tenemos argumentos para suponer una línea de evolución necesaria, la historia pasada delimita el campo de las posibilidades. Es esa historia cristalizada en instituciones, tradiciones, etc., lo que conforma las características concretas de los actores históricos y el “objeto de transformación” que éstos tendrán en su acción futura.

Lo que queremos enfatizar en este artículo es que la sociedad no se desarrolla linealmente, que es una realidad contradictoria, y que es a través de esas contradicciones que se establece el cambio. Esto es importante pues permitirá percibir que no toda acumulación es recuperable frente a determinados cambios en el sistema social. (Cf. Coriat: 1976).

se sugiere que el 'progreso' de las fuerzas productivas debe revestir el aspecto de un proceso acumulativo, de una adición de nuevas fuerzas productivas o del reemplazo de algunas de ellas por otras más potentes (la herramienta del artesano por la máquina). Entonces uno se ve llevado a una interpretación del 'nivel' o del 'grado de desarrollo' tanto más tentadora cuanto que parece implicada en las palabras mismas: se trata de un desarrollo lineal y acumulativo. . ."⁷ Pero el hecho es que ninguna de esas cosas existen ni adquieren sentido fuera de una determinada organización social. Como sostiene el mismo autor: "Las fuerzas productivas son también una relación de un tipo determinado en el interior del modo de producción, en otras palabras son también una relación de producción."⁸ Es decir, son las relaciones de producción vistas como una cuestión meramente técnica. Perc, y esto merece ser enfatizado, las relaciones técnicas están subordinadas, mejor aún, conformadas por las relaciones sociales. No es, pues, el desarrollo de la técnica lo que puede explicar el cambio en las relaciones de producción sino a la inversa. Esto es así por lo menos en dos sentidos: 1) en la determinación del cambio: fue la lucha de los obreros ingleses por limitar entre otras cosas la jornada de trabajo y no la "Revolución Industrial" lo que, por ejemplo, provocó el paso de la forma absoluta a la forma relativa de extracción de plusvalía; 2) en la determinación del carácter productivo del trabajo: en el modo de producción capitalista,

no es productivo cualquier trabajo sino aquel que produce plusvalía.⁹

Volviendo ahora a lo dicho más arriba: tanto desde el punto de vista de la relación entre proceso productivo y actividad ideológica, como desde el punto de vista de la relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción, la distinción economicista entre lo "objetivo" y lo "subjetivo" pierde toda validez. No hay ningún parámetro extrasocial que nos pueda servir para evaluar la marcha de la sociedad. Pero no es quizá ése el único ni el fundamental problema que presenta esa escuela. A nuestro entender, su error principal radica en la subordinación del papel de la lucha de clases en la explicación de la sociedad.

1.2 Lo Económico y la Lucha de Clases.¹⁰

Explicar la evolución de las sociedades por el simple análisis de la relación hombre/naturaleza, es decir, por lo tecnológico, nos obliga a una visión de lo social en la que éste aparece como siempre igual a sí mismo. El cambio es principalmente cuantitativo, su medida la riqueza. Los llamados cambios cualita-

⁹ Marx, Karl. *O capital*, Ed. Civilizacao Brasileira, Río de Janeiro, 1971; Id. *Capítulo VI (inédito)*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972; Nicolaus. "El Marx desconocido" en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador 1957-1958)*; Vol. I, Siglo XXI, Buenos Aires, agosto 1973; Poulantzas. *Les clases sociales dans le capitalisme aujourd'hui*, Ed. Du Sennil, París, 1972.

¹⁰ En tanto el trabajo está referido al concepto de "clase" nos limitaremos a considerar el conflicto intra e inter clases. Esto no significa ignorar la presencia de otras formas del conflicto social no reductibles a la lucha de clases.

⁷ Balibar, E., *Para leer "El Capital"*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1969, p. 255-256.

⁸ *Ibid.*, p. 257. En el mismo sentido, cf. Nicolaus (1973) y Betelheim (1976).

tivos se tornan así subordinados, dependientes; y lo social pierde, por esa vía, su prioridad analítica.¹¹

Establecer una relación mecánica entre “lo objetivo” y “lo subjetivo”, entre “clase-en-sí” y “clase-para-sí” no es, pues, sino un error de segundo grado. Antes de que éste ocurra, el análisis economicista tiene un defecto, la subordinación del concepto de clases sociales en la comprensión de la historia. Siendo lo económico el lugar en que ocurre la lógica rigurosa del desarrollo de las fuerzas productivas y siendo que dicha lógica no hace sino distribuir a sus portadores en lugares objetivos, la lucha de clases sólo puede “expresar”, en el plano superestructural, los dictados de la misma. Lo que debería ser sólo una distinción analítica, adquiere aquí la forma de una sustantivación: en lo económico, la relación hombre/naturaleza; en lo ideológico, la relación hombre/hombre.

En esta última los hombres “actúan” de manera refleja, los mandatos de las relaciones básicas, las relaciones económicas.

Hasta aquí el elemento común a todas las variantes economicistas. Sus diferencias tendrán que ver con la comprensión de la forma que adquiere ese reflejo. Vamos a ellas deteniéndonos particularmente en la versión voluntarista dado que es en relación a ella que nos parece que Przeworski mantiene lazos importantes.

¹¹ Los efectos de esa cosmovisión se ven claros en el análisis de la tercera internacional y de su comprensión sobre lo que estaba ocurriendo en Europa en la primera mitad de este siglo (Poulantzas; 1972/Buci-Glukzman; 1976); y han hecho estragos, también, en los análisis del proceso político latinoamericano.

En el caso del determinismo, la superestructura es el lugar en el que los hombres adquieren conciencia de las contradicciones emergentes de lo económico. Pero ésta es sólo una conciencia instrumental: conciencia de la necesidad. Por un camino u otro, el sentido en que se desarrolla la estructura económica y sus contradicciones encontrarán expresión en la estructura social. La acción política sólo puede apresurar el cumplimiento de un destino pensado como necesario.

Para el voluntarismo, en cambio, lo político tiene eficacia propia. El desarrollo de las fuerzas productivas tiene una lógica, pero esa lógica no actúa directamente sino a través de la “voluntad de las clases”. Esa voluntad no sólo es el principio de unidad de cada una de ellas sino también la condición de su fuerza. En el caso de las clases subordinadas esa voluntad ha de consolidarse en el Partido; en el caso de las dominantes, en el Estado.

Ambas corrientes, determinismo y voluntarismo, se caracterizan, al mismo tiempo, por un sentido teleológico de la historia, a partir del cual se pueden caracterizar las clases sociales como “clases ascendentes”, es decir, las que acompañan e impulsan el desarrollo de las fuerzas productivas y “clases descendentes”, aquellas que tratan de frenar, en su provecho, ese desarrollo. En ambos casos el juicio sobre el carácter de las clases es efectuado desde lo trascendente: la conquista definitiva de lo humano; finalidad visible aun cuando siempre lejana, tan visible y tan permanentemente lejana como lo es el espejismo para un caminante. Hacia ese fin tiende —debemos recordarlo— el despliegue de una dialéctica simplificada: la unidad originaria del hombre y la naturaleza, escindida en el proceso de trabajo, pro-

duce una síntesis superadora: el desarrollo de las fuerzas productivas. La complejidad de ese proceso no es, en estas corrientes, sino un efecto secundario del desdoblamiento de aquella dialéctica básica.¹²

Localizados estos antecedentes podemos introducirnos en un tratamiento más específico de la teoría Przeworski.

2. Fuerzas productivas y relaciones de producción

¿Qué son las relaciones de producción según Przeworski? En la pág. 12 encontramos una afirmación que merece un análisis detallado: “La lucha económica de clases”, dice, “no emerge mecánicamente de lugares en las relaciones de producción”. Tomada literalmente, dicha afirmación nos indicaría que es posible distinguir entre “lugares en las relaciones de producción”, por un lado, y “lucha de clases”, por otro. O, lo que es lo mismo, que los lugares en las relaciones de producción, no son, en sí mismas, clases sociales y no suponen contradicción y lucha. ¿Es correcta nuestra interpretación? Sólo podremos confirmarlo remitiéndonos al capítulo en el que Przeworski trata específicamente sobre lo económico.

Dicho capítulo, como el conjunto del trabajo, es sumamente denso. Convendrá entonces, para comenzar, tomar tres afirmaciones que, a nuestro entender, sintetizan parte de sus opiniones sobre el tema:

¹² Cf. Althusser, L., “Contradicción y sobredeterminación” en *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1971; Nicolaus. *Proletariado y clase media en Marx: Coreografía hegeliana y la dialéctica capitalista*, Cuadernos Anagrama, Barcelona, 1972.

1. “Las clases no se forman arbitrariamente, no sólo por causa de la naturaleza objetiva de las relaciones políticas e ideológicas que estructuran la lucha por la formación de clase, sino también por la **naturaleza objetiva del proceso de producción capitalista que crea y destruye lugares-a-ser-ocupados por los portadores de las relaciones de producción**” (p. 132).

2. “Las relaciones de producción no designan posiciones a ser llenadas por todas las personas que viven y actúan en una sociedad histórica concreta. Por el contrario, por la **lógica del desarrollo capitalista**, la fuerza de trabajo es empujada fuera del proceso de producción socialmente organizado” (p. 133).

3. “Lo que debemos entender es qué clase de posiciones son creadas y cuáles destruidas por el curso del desarrollo capitalista, debemos saber qué aspectos de este proceso son intrínsecos a la **lógica de la acumulación capitalista y, por lo tanto, necesarios y qué aspectos son modificados por las luchas cuando éstas ocurren bajo condiciones definidas** (p. 133).¹³

De las afirmaciones anteriores podemos concluir que, en efecto:

1. hay una “lógica de la acumulación capitalista”, anterior y diferente a la lógica de la lucha de clases.

2. “las luchas”, pueden modificar algunos aspectos de esa lógica.

¿Es posible pensar una lógica de la acumulación capitalista más allá de la propia lógica del enfrentamiento intra o inter clases? La contestación

¹³ Los subrayados son nuestros.

afirmativa que parece desprenderse de los párrafos antes citados nos recuerda la perspectiva economista. Para esa escuela aquella distinción es posible. Uno de los elementos comunes a sus distintas vertientes es, como vimos, el considerar que es el desarrollo de las fuerzas productivas lo que, en última instancia, explica la evolución de la sociedad. En dicho contexto la lucha de clases podrá tener una dinámica propia pero su curso estará determinado, en definitiva, por el ritmo y cualidad que adquieren las fuerzas productivas. La dicotomía “lógica de la acumulación/lucha de clases”, parece remitir a una interpretación semejante. ¿Es así? Esto es lo que nuevamente intentaremos confirmar analizando el tratamiento que imprime Przeworski a dos conceptos claves: los de “trabajo productivo” y “superpoblación relativa”.

El concepto de trabajo productivo: Siguiendo a Mandel, Przeworski define trabajo productivo como “todo trabajo que crea, modifica o conserva valores de uso o que es indispensable técnicamente para realizarlo. . .” (pp. 134-135). Así definida, dicha categoría deviene a-histórica en tanto lo que privilegia es el carácter de todo trabajo cualquiera sea el sistema de relaciones sociales en el marco de las cuales este se lleva a cabo. Pero, aun así, ese carácter a-histórico no sería problemático si no encerrara, detrás de su abstracción, un privilegio de la dimensión técnica sobre la social.

Si nuestro objetivo fuese analizar el proceso de trabajo en general, cualquiera que sea la circunstancia social en cuyo seno se despliega, tendríamos efectivamente que ese trabajo se caracteriza por la combinación de los trabajadores con los medios de

producción;¹⁴ el objeto del trabajo sería la satisfacción de una necesidad, es decir, un valor de uso. Pero el caso es que aquellas circunstancias sociales, en las cuales el trabajo se desarrolla, no son indiferentes a la manera en que el mismo se efectúa. “Cuando se habla de producción”, dice Marx “se está hablando siempre de producción en un estadio determinado del desarrollo social, de la producción de individuos en sociedad.”

Podría parecer por ello que para hablar de producción a secas o bien deberíamos seguir el proceso de desarrollo histórico en sus distintas fases, o bien declarar desde el inicio que estamos ante una determinada época histórica, por ejem., de la moderna producción burguesa, la cual en realidad es nuestro tema específico.”¹⁵

En ese contexto, el concepto de “trabajo productivo” designa siempre un trabajo efectuado bajo condiciones sociales determinadas y, en las sociedades divididas en clases, remite a la forma de explotación que le es propia. Esto explica que un trabajo pueda ser o no productivo en tanto sea o no soporte de las relaciones de explotación esenciales a un modo de producción determinado. En el modo de producción capitalista, por ejemplo, es trabajo productivo todo aquel trabajo que produce plusvalor. El valor de uso aparece en él como un mero soporte de aquellas relaciones de explotación y, en tanto tal, será creado no porque satisfaga necesidades humanas sino, principalmente, porque satisface la ne-

¹⁴ Marx, K., *O Capital*, op. cit., vol. II, p. 37.

¹⁵ Id. “Introducao a una crítica de economía política” en *Crítica de economía política*, Ed. Flama, Sao Paulo, 1946, p. 203.

cesidad capitalista de producir plusvalor.¹⁶ Pensadas las cosas de esta manera, no sólo variarán, en los diversos modos de producción, las concepciones sobre lo "necesario" sino que variarán también las técnicas empleadas para producir ese "necesario" socialmente definido.

Tenemos aquí, pues, una concepción del trabajo productivo, y de lo económico en general, en la que lo social (las clases sociales) es lo dominante sobre lo técnico. Privilegiar el concepto de valor de uso en la definición de trabajo productivo lleva, en cambio, a Przeworski, a una concepción **tecnologicista** de las relaciones de producción.

El concepto de "superpoblación relativa": Esta concepción tecnologicista está también presente en su tratamiento del concepto de "población excedente relativa". Según Przeworski, una de las leyes fundamentales de la producción capitalista es la permanente generación de "población excedente relativa". De acuerdo con esta ley, durante el proceso de desarrollo capitalista, "se reduce la cantidad de individuos necesarios para producir"; el trabajo productivo (definido en los términos de Przeworski) disminuirá pues en términos relativos. Pero esta cuestión, según afirma, nada tiene que ver con los intereses de clase sino con la lógica de la acumulación capitalista. "El problema", dice, "es el determinar qué clase de trabajos son indispensables para que la acumulación capitalista continúe" (p. 135).

Nuevamente encontramos aquí la remisión a una *lógica abstracta* o, aunque eso no esté dicho

con todas las palabras, una remisión a la lógica del desarrollo tecnológico. Eso es lo que explica que el problema de los intereses, es decir, el problema de la lucha de clases, no sea pertinente, en su esquema, para entender el surgimiento de la población excedente. Pero es que acaso puede explicarse la superpoblación relativa como una mera maldición de la técnica? No sería más pertinente hacerlo a partir del enfrentamiento intra e inter clase que lleva, por un lado, al incremento de la composición orgánica del capital y por el otro, a la creación permanente y necesaria (pero necesaria para los capitalistas) de un ejército industrial de reserva? Esa es la línea de análisis que siguió Marx y, a partir de él, varios otros autores."¹⁷

Planteadas las cosas de esta manera, la pregunta adecuada para abordar el tema de la superpoblación relativa no será: "¿cuáles son los trabajos necesarios para que la acumulación capitalista continúe"? Eso ya lo sabemos, son los trabajos que producen plusvalor. Lo que debe preguntarse es cuál es el proceso de luchas que tiene a esa superpoblación como resultado. Esta pregunta pone a la lucha de clases en el centro de la explicación histórica.

Las clases y lo económico: El concebir las relaciones de producción como un hecho tecnológico permite a Przeworski afirmar que "la lucha económica de clases no emerge mecánicamente de los lugares en las relaciones de producción. . ." (p. 122). En realidad, para ser más exactos, de acuerdo a su enfoque, éstas no sólo no emergen mecánicamente

¹⁶ Id. *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1972, Poulantzas, *Las clases sociales. . .*, op. cit.

¹⁷ Marx, *O Capital*, op. cit., Cardoso, F.H. "Comentarios sobre os conceitos de inperpoblação relativa e marginalidade" en *O modelo político brasileiro*, Difel, Sao Paulo, 1972.

sino que, en ese plano, la lucha de clases no existe. Eso es justamente lo que afirma, explícitamente, en la pág. 119: "Si las clases son pensadas como existiendo objetivamente en el nivel de las relaciones de producción, durante muchos períodos históricos el concepto de clases sociales es irrelevante para la comprensión de la historia".

La afirmación es terminante. Sin embargo, como afirmamos anteriormente, las relaciones de producción son fundamentalmente relaciones sociales (y, en las sociedades divididas en clases, relaciones de explotación). ¿Es necesario aguardar a que esas clases adquieran algún grado de "solidaridad" y de "conciencia" para que los ocupantes de lugares en las relaciones de producción se transformen en clases? En modo alguno. Las relaciones de producción son relaciones de clases y la lucha de clases, aun cuando tenga carácter difuso o aislado, nace con el surgimiento de éstas. Tenerlo en cuenta es indispensable para explicar la dinámica histórica cualquiera que sea el período de que se trate.¹⁸

El capitalista obtiene plusvalía del trabajo del obrero y no de la puesta en marcha de la máquina; puesto a elegir es la extensión de la jornada de trabajo y no la introducción de nuevas técnicas lo que estrictamente le conviene. La introducción de esas mejoras tecnológicas no será el producto de un movimiento autónomo del capitalista sino una respuesta de éste ante la lucha, expresada de muy diversas maneras, de los obreros.¹⁹ Y no sólo de éstos. La

producción capitalista no es, en efecto, sólo producción de plusvalía sino en condiciones mercantiles: las distintas unidades de producción capitalista se ponen en relación por intermedio del mercado; es a través de éste que el capital concreta su carácter social. Pero esto no ocurre, bajo ningún punto de vista, por medio de una relación armoniosa; el enfrentamiento entre esas unidades lleva un nombre famoso: la competencia mercantil. Y es el acicate de esa competencia lo que también contribuye a la introducción (y a la búsqueda) de innovaciones tecnológicas.

En absoluto estamos ignorando aquí la autonomía de la investigación científico-técnica. Una cosa, sin embargo, es que se produzcan desarrollos en esa área y otra que ellos sean incorporados al sistema productivo; esa introducción o ese estímulo dependen, fundamentalmente, del desarrollo de las contradicciones internas de ese sistema. En el mismo sentido, reconocer esa autonomía no nos puede hacer olvidar los incentivos diferentes que se vuelcan hacia una u otra área del conocimiento, dependiendo del mayor o menor interés que éstas tengan para el desarrollo capitalista.²⁰

²⁰ Si el argumento que hemos esbozado parece correcto será esperable que buena parte de los "avances tecnológicos" ocurridos bajo el predominio de relaciones capitalistas deban ser reelaborados, o abandonados, en el caso de estructurarse un proceso de transición al socialismo. La técnica no es socialmente neutra. (cf. Bethelheim; 1976).

También debemos hacer notar que las mismas precauciones deben ser tomadas frente a los "avances tecnológicos" provenientes de otra fuente que no por haber sido dejada de lado en el razonamiento es menos importante. Nos referimos al conflicto bélico internacional, actual o potencial.

¹⁸ Balibar, E., "Plusvalie et classes sociales (contribution a le critique de l'economic politique)" en *Inquétudes du materialisme historique*, Maspero, París, 1974.

¹⁹ Cf., Marx, *O Capital*, op. cit., partes tercera, cuarta y quinta.



3. Ideología y clases sociales

“Las relaciones capitalistas de producción, como todas las relaciones de producción material, constituyen al mismo tiempo relaciones de producción de la conciencia inmediata de esas relaciones. Y a ese nivel la relación social aparece en una forma invertida, como relaciones entre las cosas: la distribución surge como la ‘remuneración de factores’, los lucros como resultados de la operación del mercado. Las relaciones capitalistas de producción mistifican la explotación bajo la apariencia de una equivalencia entre el trabajo desarrollado en el acto de la producción y los salarios pagados a la fuerza de trabajo. **La explotación no es inmediatamente visible para aquellos cuyo trabajo excedente es apropiado.**” (p. 129).

En tanto tendencia predominante en la conformación de las relaciones de producción capitalista lo afirmado en la cita es innegable. Pero de ella no se desprenden todas las consecuencias que el autor propone en el conjunto del trabajo. Para demostrarlo debemos tener en cuenta que: 1) esto no es el producto “natural” de una estructura que determina sin ser determinada y 2) no es necesario que los obreros lleguen a la desmistificación científica de esa ideología para que se presenten, en el seno de la misma —y justamente porque esa ideología se confronta permanentemente con la experiencia cotidiana— elementos que conforman una percepción singular del mundo. Esa percepción particular es una manera de tomar en cuenta la explotación —aunque no sea más que en sus efectos— sin la cual el pasaje a formas más elevadas de conciencia sería imposible y sería vana la prédica de los movimientos socialis-

tas. En suma, el tema presentado por el autor, aunque importante, no autoriza a pensar las relaciones de producción como delimitando “lugares vacíos” o, de otra forma, pensar el concepto de relaciones de producción como otra cosa que no sean clases sociales en lucha (en el caso de las relaciones de producción capitalista al menos).

Es justamente el pensar esas relaciones de producción como delimitando “lugares vacíos” lo que permite al autor afirmar en otro párrafo que “las clases sociales no son un dato a priori a la práctica política e ideológica. Cualquier definición de personas como trabajadores —o individuos, católicos, los de lengua francesa, sureños, etc.— es necesariamente inmanente a la práctica de las fuerzas políticas trabadas en luchas para mantener o alterar, de manera diversa, las relaciones sociales vigentes”. (p. 120).

Como es posible observar, las clases no tienen existencia propia frente a las “fuerzas políticas trabadas en lucha”; es más, no sólo no tienen existencia propia sino que en realidad son, frente a éstas, tan relevantes como cualquier otra categoría social. Las consecuencias de estas afirmaciones son múltiples. Ahora nos interesa sólo discutir uno de sus aspectos: el de la posibilidad de establecer una homogeneidad teórica entre el concepto de clase y esas otras categorías. Para hacerlo nos limitaremos al tratamiento de la relación entre la categoría de “trabajador” y la de “católico” pues las restantes pueden ser sometidas al mismo tipo de tratamiento y llegar a las mismas conclusiones.

Tanto la lejana relación que guarda, en el modo de producción capitalista, la práctica religiosa con la práctica económica, como la fuerte homoge-

neidad que las diversas iglesias intentan producir entre sus fieles, parecen atribuir a la religión una importancia tan grande como la propia pertenencia de clase en la determinación de las conductas individuales. De ser así, ambas categorías tendrían idéntica importancia frente a la “práctica política de las fuerzas políticas”. ¿Es esto efectivamente así?

Gramsci dedicó particular interés al estudio de la iglesia católica, a la cual pensaba como un ejemplo de organización hegemónica. Sus análisis nos pueden servir para abordar el problema y nos permitirán, al mismo tiempo, avanzar sobre el tema de las formas en que existen las clases sociales en el campo de la ideología.

“La fuerza de las religiones y particularmente de la iglesia católica”, dice Gramsci, “ha consistido y consiste en que ellas sienten enérgicamente la necesidad de la unión doctrinaria de toda la masa ‘religiosa’ y luchan para que los estratos intelectuales superiores no se separen de los inferiores. La iglesia romana ha sido siempre la más tenaz en la lucha por impedir que se formen dos religiones: la de los intelectuales y la de las ‘almas simples’. Esta lucha no ha transcurrido sin grandes inconvenientes para la iglesia misma”.²¹ Tanto esos inconvenientes, como la necesidad de establecer una lucha, parecieran indicarnos que existe una tendencia a la ruptura en la unidad ideológica de los fieles. Esa es también la opinión de Gramsci.

“El hecho de que la iglesia deba enfrentar el problema de los simples significa en verdad”, nos dice, “que ha habido una ruptura en la comunidad de los fieles”. Y es que, como será confirmado en

²¹ Gramsci, op. cit., p. 16.

diversas investigaciones, las experiencias y hábitos emergentes de la situación de clase provocan la aparición de singulares universos simbólicos.²² Esa ruptura en las cosmovisiones religiosas, al pasar por el prisma de las clases sociales, fue captada también por Weber en su famoso estudio sobre las religiones.²³

La homogeneización de ambos tipos de categorías nos parece, por lo antes expuesto, teóricamente inadecuado. Es la situación de clase lo que imprime un sesgo particular a la adscripción religiosa; su capacidad de determinación es pues sustancialmente diferente. Otro tanto ocurre en el caso de los "individuos", "francoparlantes", etc.

Pero de la investigación gramsciana podemos extraer, también, conclusiones más generales. Entre ellas, las que ahora nos interesan son aquéllas relativas a la relación entre las clases sociales y lo ideológico-político. Sobre esto Gramsci es claro, para él las clases sociales no se caracterizan sólo por una cierta inscripción económica, poseen, al mismo tiempo, una cierta ideología, una particular manera de concebir el mundo. Y esto, según sus propias observaciones, no ocurre sólo con los poseedores del "poder espiritual dominante"; ello también ocurre en el caso de las clases subalternas.

²² Cf., Bondieu y Passeron. *A reprodução Elementos para una teoría do sistema de cuncio*, Francisco Alves, Río de Janeiro, 1975; Parkins, F., *Class inequality in political order* Profer, 1975; Maun, M., "The Social Cohesion of Liberal Democracy" en *American Sociological Review*, junio 1970; Bordieu, P., *A economia das trocas simbolicas*. Ed. Perspectiva, Río de Janeiro, 1974; Mannheim, Karl. *Ideología e utopía*, Ed. Globo, Porto Alegre, 1974.

²³ Weber, M., "Sociología de la comunidad religiosa" en *Economía y Sociedad*, FCE, México, 1944.

Sin duda, "los pensamientos de la clase dominante son también, en todas las épocas, los pensamientos dominantes. . ."²⁴ Pero esto no significa que los miembros de todas las clases "piensan igual"; que no sea posible reconocer las diferencias de clases en el seno de la ideología. Si eso fuera así, los efectos disruptivos de esa similitud serían más contundentes que los efectos integradores: dominio no implica homogeneidad.

Pero ni la dominación ni las diferencias son consecuencia de una astucia de la razón histórica. Los lugares que ocupan las diversas clases y fracciones en la organización de la sociedad son campos en los que se estructuran diferentes experiencias. Esas experiencias divergentes no son indiferentes en el proceso de conformación del universo simbólico de cada una de las clases y fracciones. Aun las clases subordinadas, sometidas a la acción permanente de los llamados aparatos ideológicos, tienen una particular visión del mundo en la que se conjugan, como ya lo hemos dicho, los efectos de aquellos aparatos con la experiencia cotidiana de la subordinación; La experiencia no sólo es producto sino también productora de ideología. Esto no quiere decir, por supuesto, que esas clases tengan alguna forma de ideología alternativa sino, al menos, que se integran en la sociedad de una manera singular.

La necesaria síntesis con la que debemos enfrentar el tema puede llevar a malos entendidos. Es posible, por ejemplo, interpretar que sugerimos la existencia de culturas o subculturas de clase. Las críticas de Parkins a esas concepciones nos parecen

²⁴ Marx y Engels., *A ideologia alemá*, op. cit.

absolutamente correctas; la historia de las clases subalternas es, como lo afirma Gramsci, una función disgregada de la sociedad civil. Lo que en cambio afirmamos es que esas experiencias que cotidianamente realizan los miembros de las distintas clases, tanto en el ámbito de la producción como del consumo,²⁵ producen una determinada manera de concebir al mundo, un determinado "habitus"²⁶ que permite distinguir a las diferentes clases. Y que esa diferenciación está presente en la vida diaria transformándose de características socialmente producidas en *dones* de la naturaleza por un complejo proceso sobre el cual no podemos detenernos.²⁷

Sometidas a la influencia ideológica de las clases dominantes, las clases subalternas transforman los elementos de esa ideología al "leerlos" desde la lente de su propia experiencia y crean elementos nuevos, surgidos de aquella experiencia día a día cultivada: ambos conjuntos confluyen en una for-

²⁵ Weber, pese a las limitaciones de su teoría de las clases, en tanto limitadas conceptualmente al ámbito de la circulación, tiene el mérito indudable de haber percibido los efectos de la "situación de clase" sobre la ideología; al menos en los límites de lo que él llama "acciones de masa". (Weber; 1976; 65/66). Para un estudio empírico que contempla esos aspectos, ver Goldthorpe et. al. (1969).

²⁶ El "habitus" es entendido como: "... un sistema de disposiciones durables y transferibles que, integrando todas las experiencias pasadas, funciona a cada momento como una matriz de percepciones, apreciaciones y acciones, y torna posible la realización de tareas infinitamente diferenciadas, gracias a la transferencia analógica de esquemas que permiten resolver los problemas de la misma forma y gracias a las correcciones incesantes de los resultados obtenidos, dialécticamente producidos por estos resultados" (citado por Sergio Micheli en Bourdieu; 1974; pág. XLI).

²⁷ Cf., Bourdieu, *A economía das...* op. cit.

mación ideológica necesariamente contradictoria y asistemática.

"El hombre activo, el hombre de masa", comenta Gramsci, "obra prácticamente, pero no tiene clara conciencia de su obrar, que es sin embargo un conocimiento del mundo en cuanto lo transforma. Su conciencia teórica puede estar, históricamente, incluso en contradicción con su obrar. . . Casi puede decirse que tiene dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria), una implícita en su obrar y que realmente lo une a todos sus colaboradores en la transformación práctica de la realidad; y otra superficialmente explícita o verbal, que ha heredado del pasado y ha acogido sin críticas."²⁸

El que podamos encontrar formaciones ideológicas diferenciadas en función de la diferente situación de clase no implica, por supuesto, que las mismas tengan el mismo grado de coherencia y autonomía. Desde este punto de vista, son las clases dominantes las que, junto a un mayor grado de desarrollo organizativo, poseen una ideología más coherente y autónoma. Su posición hegemónica está garantizada no sólo por su capacidad coercitiva sino por su capacidad para crear las bases sobre las que ha de elaborarse una ideología que estructure a la sociedad como un todo. En las clases subordinadas la ideología no sólo es más contradictoria sino que en ella es posible, como nos muestra Gramsci, establecer una diferencia mucho más nítida entre las cosmovisiones generalmente afirmadas y aquellas que se desprenden de un análisis de su obrar cotidiano. Más allá de estas especificidades, sin duda

²⁸ Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía...* op. cit.

importantes, lo que nos interesa destacar es la posibilidad de detectar, en el plano de lo ideológico, las diferencias de clase que acompañan las diferentes situaciones en la esfera económica.

Ahora bien, si no concebimos a la ideología como un mero conjunto de ideas en cualquier momento verbalizables sino, fundamentalmente, como ese “conocimiento” puesto de manifiesto en el “hacer práctico”, el tema de la ideología no puede ser encarado fuera del marco de las relaciones sociales en las cuales se gesta y fuera del marco institucional en el cual se encarna. Debemos pues abordar el tema de las instituciones y de su relación con las relaciones sociales, es decir, con la lucha de clases.

4. Las “relaciones políticas capitalistas”

“En la mayoría de las formas de relaciones políticas capitalistas, los portadores de las relaciones de producción no aparecen como tales al nivel de las instituciones políticas. Las relaciones ideológicas y políticas capitalistas individualizan las relaciones entre los portadores de las relaciones de producción en la forma en que éstas aparecen a nivel político” (p. 122).

Esa ausencia de las clases sociales en la estructuración de las sociedades capitalistas contribuye, sin duda, a impedir la acción conjunta de los miembros de las clases subalternas dificultando sus luchas “económicas” y/o políticas. Demostrarlo le permite a Przeworski tornar evidentes las deficiencias de la concepción por él criticada; sobre todo en cuanto al esperado pasaje de la “clase-en-sí” a la “clase-para-sí”. El carácter “objetivo” de las relaciones políti-

cas e ideológicas se interpondrá en ese pasaje y aún calificará la acción de las fuerzas socialistas.

Pero aquí, nuevamente, el autor permanece tributario de la problemática criticada; en vez de romper con ella lo que logra es invertir los términos de la respuesta: las relaciones de producción no serán clases sino “lugares vacíos” de los que no puede esperarse que surjan espontáneamente “actores históricos”; serán las fuerzas políticas las encargadas de ese rol activo (proceso de formación de clase) luchando por superar el “aislamiento” individual de los “ocupantes de lugares en las relaciones de producción”.

Exponiendo el punto esquemáticamente: en un caso, las clases (presentes en el nivel económico) reflejarán su existencia sobre lo ideológico-político provocando la aparición de un partido propio (clase obrera-socialismo). En el otro, las clases no existen; ellas serán el efecto de la práctica de ciertas fuerzas políticas sobre “lugares vacíos” (socialismo-clase obrera). En ambos casos la relación entre socialismo y clase obrera se mantiene como una relación necesaria. En el punto 7 tratamos de presentar argumentos en contra de ese supuesto.

Está lejos de nuestro espíritu negar la incidencia de la conformación institucional (tanto del Estado como de la Sociedad Civil) sobre la lucha de clases. Pero ella debe ser analizada de otra manera. Creemos que no es posible atribuirle un carácter irreversiblemente desclasificador; sólo superable, penosamente, por la acción de organizaciones revolucionarias. Los efectos ideológicos de la distribución en clases, señalados en el punto 3, crean tendencias contrarrestantes, sometiendo a esas instituciones a situaciones críticas en forma más o menos perma-

nente. La superación de esas crisis no dependerá, fundamentalmente, de las características de las instituciones sino del poder que tengan sus integrantes.²⁹

Sin duda esa lucha no será inorgánica ni espontánea; pero tampoco será, necesariamente, una lucha orientada por movimientos revolucionarios. Ella puede expresarse como apoyo a un partido reformista, como lucha sindical, como movimientos sociales urbanos, como manifestaciones callejeras, como movimiento estudiantil, etc. Przeworski, por el contrario, parece indicar que todas aquellas luchas por "volumen de la renta, estilo de vida, condiciones de trabajo, carácter de trabajo, privación relativa, autoridad, etc.: o sea 'miseria', 'pobreza', 'opresión'" (p. 130) no son luchas de clases en la medida en que apuntan a aspectos que son secundarios "desde un punto de vista transformacional". En realidad, buena parte de la lucha de clases se expresa contra esos efectos pues así es como se manifiesta la explotación capitalista en la vida cotidiana. Pensar eso como una dificultad es introducir dificultades en la acción política de las fuerzas transformacionales, transformándolas en portadores místicos del futuro.

Si dejamos de asociar el concepto de clase al de un "proyecto" necesario (por ejempl., clase obrera/socialismo), podremos dejar el campo de las esencias y los destinos para averiguar cómo son efectivamente las clases en una sociedad determinada (experiencias, tipos de organización, etc.). Sólo en

tonces tendremos la posibilidad de transformar la relación "imaginaria" entre la clase obrera y el socialismo en un hecho real. El partido deberá reconocer la existencia autónoma de las clases; aprender de ellas y con ellas cuáles son las formas de conexión posibles. Manteniéndonos en el campo de las esencias es posible que nos veamos obligados a confesar que las clases no existen independientemente de ciertas fuerzas políticas; pero eso no será más que reconocer un hecho cierto: que las fantasías no existen fuera de la cabeza del fantaseador.

En verdad, la necesidad de mantener la diferencia conceptual entre "las clases" y "las estrategias partidarias" se manifiesta varias veces en el propio autor. Una cita puede darnos ejemplo: "Finalmente, la estrategia puede ser ampliada a la formación de la clase trabajadora definida como "las masas" o "el pueblo", todos los explotados y oprimidos, pobres y miserables, etc. Esta estrategia focaliza precios, impuestos y empleo en lugar de salarios y condiciones de trabajo e incorpora bajo el paraguas del pueblo a la pequeña burguesía y al lumpemproletariado" (p. 140). Como es evidente, la descripción de la estrategia analizada impone referirse a ciertas clases o fracciones y esto no porque se lo haga desde esa estrategia; es el propio autor el que está hablando. Por ello, confundir conceptualmente proceso de organización con proceso de formación de clase sólo puede contribuir si no a un error teórico (es posible que algunas de las consecuencias que extraemos del análisis criticado no hagan justicia al pensamiento del autor) al menos a una ambigüedad terminológica que dificulta la comunicación.

Otro aspecto implícito en la manera en que es presentado el carácter objetivo de las "relaciones

²⁹ En este trabajo debo necesariamente dejar de lado una caracterización más afinada tanto de las instituciones como del concepto de poder. Algunas notas sobre esos temas podrán ser encontradas en Saltalamacchia (1977).

políticas e ideológicas capitalistas” es el acento puesto sobre el carácter estructurante de las mismas. Esto puede inducirnos a un cierto grado de error. La democracia parlamentaria, por ejemplo, aparece explicando la desorganización de la clase obrera en tanto conduce a las organizaciones socialistas a una dinámica electoral en la que la única posibilidad de triunfar radica en sumar un número grande de votos; esos partidos se ven, por ello, impulsados a recurrir a otras clientelas, disolviendo la importancia de la “clase como base de identificación colectiva” (p. 231).³⁰ Se posibilita así la reproducción del sistema.

Lo señalado no es poco importante pero sus efectos desclasificantes no son tan absolutos. En verdad, esa forma de Estado, como cualquier otra, es el resultado, en una época histórica, de una relación de fuerzas. Sin duda la burguesía mantiene en ella una posición de hegemonía, pero reconociendo una relación de compromisos con las clases subalternas. Las diversas Formas de Estado, por ello, suponen no sólo la organización de las clases dominantes sino, también, un cierto desarrollo orgánico (mayor o menor) de las clases subordinadas. Esto permite, entre otras cosas, la posibilidad de reconocer en la democracia, no un mero producto burgués sino, también, una conquista de las clases subalternas; conquista que puede ser desarrollada en el proceso revolucionario, transformándola sin perderla en sus contenidos positivos.

³⁰ La importancia de retomar este aspecto del análisis de Przeworski nos fue sugerida por el profesor César Guimaraes. Está de más decir que la forma en que hemos abordado el tema no puede comprometer en nada sus propias opiniones al respecto.

Lo dicho no implica negar el carácter objetivo de las instituciones en que se organiza el Estado capitalista. Ese carácter objetivo corresponde a un juicio histórico: en una determinada coyuntura, la trama institucional que conforma las relaciones sociales impone límites sobre la práctica política; son esos límites los que se constituirán en objeto de la lucha. El resultado será una transformación institucional que permita mantener las relaciones de fuerzas antes vigentes o que exprese una nueva relación de fuerzas. La Argentina, a partir de 1955, es un interesante laboratorio en el que pueden contemplarse sucesivos enfrentamientos sociales y consecuentes transformaciones institucionales.³¹

5. Las clases como “actores históricos” y el concepto de “formación de clase”

Hasta ahora nos hemos preocupado por señalar la importancia de entender a las relaciones de producción como relaciones sociales. Esto nos llevó a dos conclusiones: 1) Las relaciones económicas son relaciones de clase y la lucha de éstas es lo que, fundamentalmente, explica su dinámica. 2) Lo económico es un aspecto (diferenciable sólo en forma analítica) dentro de una relación que incluye aspectos ideológicos y políticos; las clases tienen, también en esos niveles, existencia propia. Ambos puntos nos condujeron a rebatir la idea de “lugares en las relaciones de producción”; idea que sobreentiende la imposibilidad teórica de concebir dichos lugares como relaciones sociales, es decir, como relaciones

³¹ Cf., O'Donnell, G. *Notas sobre alianzas sociales en la Argentina*, Documentos de trabajo, CEDES, Buenos Aires, 1976.

de clase. Volveremos sobre ello, pero antes conviene retomar los conceptos de "clase" y de "formación de clase" en tanto hemos dejado de lado, en los puntos anteriores, matices importantes de la concepción Przeworskiana sobre los mismos.

Las clases como "actores históricos": Las clases son, en la definición del autor, "actores históricos a los cuales corresponden de manera unívoca o lugares dentro de las relaciones de producción" (p. 133). Con esta definición llegamos claramente a su propuesta positiva. Se trata de averiguar: a) qué son esos "actores históricos" y b) qué problemas presenta el definir el concepto de esa manera.

"Las clases sociales son desorganizadas y organizadas, dice el autor, como resultado de luchas continuas en una multiplicidad de formas. Los partidos que se definen a sí mismos como representativos de los intereses de varias clases sociales y los partidos que se proponen representar el interés general —los sindicatos, periódicos, escuelas, burocracias públicas, asociaciones cívicas y culturales, fábricas, ejércitos e iglesias— todos participan del proceso de formación de las clases en el curso de luchas que conciernen fundamentalmente a la propia visión de la sociedad" (p. 120). ¿Son, cada una de esas instituciones, los "actores históricos" a los que se refiere la definición?

Sin duda todas esas instituciones participan en la lucha social; reconocerlo nos conduce a no olvidar que esa lucha ocurre siempre en contextos institucionales. Sin embargo, perderíamos capacidad analítica si asociáramos cada una de ellas, unívocamente, a determinados lugares en las relaciones de producción: no es por allí que debemos buscar el carácter peculiar de aquellos "actores históricos"

que, correspondiéndose unívocamente con lugares en las relaciones de producción, nos permitan delimitar el concepto de clases sociales.

¿Será entonces que debemos reservar dicho concepto para denominar aquellas fuerzas en las que se puede reconocer en forma más o menos explícita, un proyecto de "formación de clases"? O dicho en otros términos, ¿esos actores históricos son aquellas fuerzas que presentan un proyecto que, de una u otra forma, tiende a reproducir o transformar las relaciones sociales vigentes? —Del propio análisis de Przeworski se desprende la dificultad de un juicio sobre el carácter revolucionario o conservador de esos movimientos; pero, aceptando que ello sea posible: ¿podemos asociar el concepto de clase al de partido?— ¿no se pierde entonces la riqueza de formas contrastantes en medio de las cuales se estructura el conflicto de clase?

Tomemos, para explorar este último tema, el caso de la burguesía. Dicha clase triunfó en sus luchas, dice Przeworski, "... cuando las divisiones sociales aparecen al nivel fenoménico bajo formas que no corresponden a las posiciones dentro de las relaciones de producción" (p. 123). Dicho triunfo, y su constitución como clase, está señalado por la conquista de su hegemonía sobre el conjunto social. Pero, ¿cuáles son las formas institucionales por medio de las cuales se estructura esa hegemonía? No lo son, sin duda, los partidos políticos. Estos, como lo demuestran tanto Gramsci como Poulantzas, son una parte (y no la decisiva) de esa organización: La compleja resolución de las contradicciones internas de esta clase, y de aquellas contradicciones que la enfrentan con las clases subalternas, se lleva a cabo en el seno de un conjunto muy grande de instituciones,

tanto “públicas” como “privadas”; y es, en todo caso, en el seno de las primeras donde ella se completa. ¿Podemos decir que es el Estado (en sentido estricto) el “actor histórico” que correspondiendo unívocamente a los “lugares en las relaciones de producción”, delimita el concepto de burguesía?

El tema aquí se torna espinoso. Una respuesta afirmativa a las preguntas antes planteadas nos lleva, sin remedio, a concebir al Estado como el “comité ejecutivo” de la burguesía perdiendo, por esa vía, la posibilidad de captar su carácter contradictorio y la repercusión, en su seno, de las luchas de las clases subalternas. Sobre esto volveremos. Sin embargo, ningún análisis del Estado nos permite imaginarlo como un “actor histórico”, coherente y unificado, que se corresponda unívocamente con ciertos “lugares en las relaciones de producción”; las instituciones del Estado sólo pueden ser vistas como la condensación institucional de ciertas relaciones de fuerzas; no una fuerza ni la expresión de una clase.³²

Dentro del tipo general de Estado capitalista las formas que adquieren tanto la organización institucional —de la burguesía, del proletariado y de las restantes clases o fracciones— como la forma que adquieren las instituciones en las que ambas clases se encuentran en relación, son múltiples. Un camino adecuado para entender su permanencia o transformación es, justamente, el mantener la distinción entre el concepto de clase y el de las formas institucionales en que, coyunturalmente, esas clases se organizan. Para ser más claros. Las relaciones so-

ciales son siempre relaciones institucionalizadas (son conformadas por, y reaccionan sobre, las instituciones), pero sólo separando analíticamente ambos aspectos es que podemos comprender la dialéctica clase/organización sin caer en el fetichismo institucional y, por ese rumbo, perder de vista las contradicciones sociales que están en la base del proceso histórico.

El concepto de “formación de clase”: Las luchas por la formación de clases son, en las palabras de Przeworski, “luchas por la realización de este isomorfismo entre actores históricos y lugares en las relaciones de producción” (p. 133). Son, debemos entender, luchas que emprenden las fuerzas políticas por desarrollarse como tales.

Consecuentemente con una definición de las clases sociales en la que éstas no aparecen como aspectos de una contradicción sino definidas en forma autosuficiente (relación de un actor histórico con determinados lugares en las relaciones de producción), el concepto de formación de clase denota también esa falta de relación. No es suficiente con afirmar que “los actores que aparecen en lucha se constituyen como efectos de luchas pasadas”. Es menester recordar, junto a ello, que esas luchas no son algo que se concreta primero en una relación de la clase sobre sí misma (formación de clase) para luego manifestarse como lucha entre clases. La propia conformación de la clase, su conformación orgánica, supone siempre un doble movimiento de acción sobre sí misma y de lucha contra su oponente; y, entre esos dos aspectos, es el segundo el aspecto fundamental: las clases sociales no superan sus contradicciones internas sino en la medida que lo exija la lucha de clases. Por ello es que, incluso acep-

³² Cf., id., *Apuntes para una teoría del Estado*, Documentos CEDES/G.ECLACSO/No. 9 1977. Saltalamacchia. *Notas sobre el concepto del poder*, Mimeo, 1977.

tando el definir a las clases como actores históricos, nos sería difícil compartir la idea de que “El concepto de lucha de clases, comprendido en términos de lucha para la formación de clase, es ‘lógicamente’ anterior al concepto de clase” (p. 124); o aceptar la distinción, tan nítida, entre los conceptos de “lucha por la clase” y de “lucha entre clases”.

6. La dialéctica simplificada

“Aunque corriendo el riesgo de herejía”, dice Przeworski, “admito que no considero como particularmente importante el problema de clasificar todos los lugares y personas a no ser a aquellos definidos estrictamente como trabajadores y capitalistas” (p. 138). Correr el riesgo de la herejía es plausible —en verdad es lo único que puede permitirnos avanzar en el conocimiento— pero el tema antes expuesto merece un juicio distinto: no se trata de la mayor o menor adhesión a la ortodoxia sino de averiguar si esa restricción es teóricamente pertinente. ¿Cuáles son las consecuencias analíticas de ese abordaje restricto?

Al autor no se le escapa que en el análisis de lo social es necesario recurrir a otras categorías que den cuenta de la situación de aquéllos que no son ni obreros ni capitalistas. El problema es que, según él, todas esas categorías deben ser subsumidas, para su comprensión, dentro de los marcos del proceso de formación de clase. O, lo que es lo mismo, en el marco de la formación de fuerzas políticas en lucha por la transformación o reproducción de las relaciones sociales. La pugna histórica queda así organizada alrededor del enfrentamiento entre dos fuerzas. El producto de esa lucha será la desorganización y

reorganización permanente de ambas. La categorización de aquéllos que no pueden ser definidos como obreros o capitalistas en sentido estricto sólo adquiere sentido por su referencia a esa dialéctica fundamental. “. . . Los límites de esas estrategias son constituidos por los conflictos internos característicos de cada bloque, lo que Mao ha llamado en forma pintoresca aunque imprecisa, ‘contradicciones en el seno del pueblo’ ” (p. 140). Dichas categorías (la de trabajador no-manual por ejem.), no tienen pues eficacia propia sino en tanto momentos en el desarrollo de la contradicción fundamental (ésta a su vez subordinada en última instancia, como vimos, al desarrollo de las fuerzas productivas).

Miradas las cosas desde esa perspectiva, es comprensible que el trabajo de Mao sea juzgado como impreciso y pintoresco. Ocurre que lo que Mao precisamente pone en cuestión es la posibilidad de comprender la historia por medio de una dialéctica simple, bipolar. Lo que en sus trabajos señala es la necesidad de observar la sociedad como a un conjunto de contradicciones complejamente articuladas, **todas ellas con efectividad propia**. La totalidad social sólo es comprensible, desde esta perspectiva, mediante el estudio de la manera en que entran en relación esas diferentes contradicciones con historia y ritmos singulares; ninguna de ellas con capacidad para dar cuenta del todo (aun la contradicción principal es especificada por contradicciones secundarias que intervienen, de esa forma, en su conformación).

La historia es una historia sin sujeto, como diría Althusser (1973), en ese sentido preciso, en el sentido de que no hay un motor, un único agente o contradicción que, en su despliegue, explique al

conjunto. El trabajo criticado marca, en cambio, un sujeto principal; el desarrollo de las fuerzas productivas. El énfasis en el carácter objetivo de las relaciones ideológicas-políticas no alcanza a mellar aquella determinación básica. Las luchas sociales, determinadas por estas relaciones, son importantes coyunturalmente pero aparecen teóricamente subordinadas en la comprensión del proceso histórico en plazos más largos. Al mismo tiempo, en la comprensión de esas luchas, la remisión a los polos burguesía y proletariado, oscurece la importancia de las diversas contradicciones secundarias.

7. La organización de las clases subalternas

Como dijimos en la introducción, la problemática que analizamos debería ser reinscripta en el marco de una teoría de la organización; desde ese punto de vista, Przeworski nos presenta puntualizaciones de indudable importancia en cuanto a los límites y dinámica que adquieren los movimientos socialistas. Estos, en tanto deben actuar dentro de las instituciones capitalistas, se ven, en cierta medida, conformados por ellas. Su drama es, justamente, el esforzarse por romper ese armazón institucional desde el interior de las reglas de juego que él mismo les impone.

Pese a la agudeza de muchos de esos apuntes, es importante destacar, sin embargo, las dificultades que ofrecen al estar imbuidos de la problemática criticada. En cuanto a esto, desarrollaremos nuestro análisis alrededor de dos puntos básicos:

I. La relación entre movimientos socialistas y las clases y sectores que buscan como soporte.

II. La relación entre movimientos socialistas y relaciones económicas, políticas e ideológicas capitalistas.

I

El desconocer la presencia activa de la clase, más allá de las estrategias partidarias que buscan encarnarse en ellas, sesga el razonamiento de Przeworski hacia una posición iluminista.

No dudamos que la ideología de las clases subordinadas está influenciada, en forma relevante, por las fuerzas políticas que, de una u otra manera, lograron enraizarse en ellas. Esto, cabe señalarlo, no siempre es aceptado en el pensamiento político. En las más variadas estrategias y teorizaciones políticas, es frecuente el supuesto de que las clases, o al menos la clase obrera, poseen cualidades esenciales (provenientes de su ubicación en lo económico) que son independientes de su historia, independientes de las formas orgánicas e ideológicas desarrolladas en su transcurso.

Uno de los méritos del trabajo que analizamos es el de contraponerse a esos supuestos: el autor demuestra, con argumentos precisos, que las ideologías de las clases dependen tanto de las formas de estado en el seno del cual existen, como, más específicamente, de las estrategias de las organizaciones que buscaron y obtuvieron su apoyo: la historia política de esas clases será la historia de aquellas organizaciones y, desde un punto de vista más general, la historia política de la formación social en su conjunto. Las preguntas a partir de las cuales estructurar la teoría y la acción política deberán dejar, por ello, el campo de la abstracción y las esencias, para

ubicarse en el de la historia; las clases deben dejar de ser un concepto genérico para asumir nombres y apellidos que las ubiquen en ámbitos espacio-temporales definidos.

Nuestro acuerdo con el autor sería completo si lo expresado nos remitiese a una concepción según la cual: 1) la actuación de las fuerzas políticas apareciese contribuyendo a la conformación de la clase y 2) si reconociese la existencia autónoma de la clase y la importancia de sus diversas estructuras organizativas. Podríamos, sobre esos supuestos, avanzar en la comprensión de las relaciones entre clase y organización o entre lo que da en llamarse la relación entre espontaneidad y conciencia; tan sujetas a múltiples y permanentes tensiones. Pero Przeworski no acepta esos supuestos, y es en su propuesta alternativa donde encontramos las consecuencias menos satisfactorias de su teoría.

El aceptar los puntos antes expuestos vierte una luz diferente sobre el viejo problema de la relación partido/masa. Desde esta perspectiva, las múltiples instituciones de la Sociedad Civil no serán vistas meramente en su función integradora; las formas orgánicas que adquiere la rebeldía no serán sólo concebidas como el producto de la acción partidaria.

Portantiero en su libro *Los usos de Gramsci* —sistematizando una idea hace tiempo expuesta por Gramsci— confirma esta sugerencia al sostener: “Si el partido es el principal impulso político para el frente, las organizaciones de masas deben ser la trama compleja en el interior de la cual la totalidad de las clases populares despliegan su iniciativa histórica. La teoría del partido, así, no es la teoría de una organización técnica, sino de su relación con la cla-

se y con el pueblo. . . es una teoría de las articulaciones que deben ligar entre sí a la pluralidad de instituciones en que se expresan las clases subalternas. La ‘guerra de posiciones’, en tanto supone una ‘concentración inaudita de hegemonía’, requiere una metodología del movimiento de masas capaz de soldar la ‘espontaneidad’ de éste con la ‘dirección consciente’ ” (sobre el mismo tema: PyP, No. 33).

El desconocimiento de la capacidad cognitiva de la clase, y de su existencia fuera del partido, puede llevar, si exagerada, a la teoría de la organización iniciada por Lenin en el “¿Qué hacer?” y coronada, más tarde, por Stalin.³³ Sería demasiado extenso recordar los infinitos efectos negativos que trajeron esas concepciones en la estructuración de los “movimientos socialistas”; volveremos sólo sobre un punto: la necesidad e importancia del o de los partidos es indiscutible, “Una masa humana” —nos recuerda Gramsci— “no se distingue y no se torna independiente per se sin organizarse (en sentido lato) y no hay organización sin intelectuales, o sea sin organizadores y dirigentes, es decir, sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en una capa de personas ‘especializadas’ en la elaboración conceptual y filosófica”.³⁴ Lo que es preciso enfatizar es que esa relación no es unilineal: relación entre organización (activa) y lugares en las relaciones de producción (pasivos). Por el contrario, aquella relación debe ser pensada como una relación en la que ambas partes cumplen un rol activo en la configuración del proyecto his-

³³ Stalin L., “Sobre los fundamentos del Leninismo” en *Cuestiones del leninismo*, Buenos Aires.

³⁴ Gramsci, op. cit., pp. 20-21.

tórico. Si el vínculo se rompe, las clases quedan sin el grupo de intelectuales que puede ayudarlas en la configuración de su autonomía, y los intelectuales, divagando en el cielo de la abstracción.

II

La acción política de los movimientos socialistas, dice Przeworski, refiriéndose a los países capitalistas centrales, está determinada por la presencia de la democracia representativa. "Y las consecuencias prácticas son suficientemente directas: las elecciones son batallas de números, los sucesos o fracasos electorales son medidos en número de votos o por lo menos de bancadas, la estrategia electoral focaliza la atención en el reclutamiento del mayor número de adeptos, no importa quiénes sean" (p. 129).

Esto lleva, según Przeworski, a que los partidos socialistas amplíen al máximo la extensión del concepto de "proletariado". Descubre así, con agudeza, una de las raíces prácticas de las definiciones demasiado laxas de dicho concepto. Las consecuencias que extrae de este descubrimiento sólo se explican, sin embargo, por su concepción del tema de las clases. "En la medida en que los movimientos socialistas apelan para otras personas que no sean los trabajadores, o cuando diluyen la concepción social del proletariado, organizándose sobre la base de intereses compartidos y características secundarias, ellos disocian aquel nexo privilegiado, aquella relación única entre el proletariado y, su 'partido'. Ellos dejan de ser aquella expresión 'orgánica' de la misión histórica del proletariado, distinta de, y opuesta a la de todos los otros partidos. Mas la disociación del nexo entre trabajadores y el movimiento socialista

tiene el efecto general de reforzar la imagen de la sociedad sin clases. Ella disminuye la importancia de la clase como base de la identificación colectiva. Lleva, por tanto, al surgimiento de otras bases de identificación colectiva, sean estas basadas en el volumen de la renta, en el carácter del trabajo, en la religión, en el lenguaje, en la región, en el sexo o en la raza. En ese sentido, el proceso de organización de las masas desorganiza a los trabajadores" (p. 131).

El círculo se cierra. Los movimientos socialistas, determinados por la fuerza objetiva de las relaciones políticas e ideológicas, en tanto aceptan la desclasificación contribuyen a la reproducción del sistema. ¿Quién romperá el círculo?

En cierto sentido, la pregunta excede los límites fijados por Przeworski a su razonamiento. Según él mismo declara, no es su intención el evaluar la eficacia política de las estrategias alternativas; su propuesta se limita a dos aspectos: 1) demostrar que la "multitud de estrategias que experimentamos recientemente tienen bases objetivas en las condiciones bajo las cuales los procesos de formación de clases se desenvuelven en el capitalismo avanzado y su efectividad no puede ser evaluada de afuera" (p. 141) y 2) que "El análisis concreto es incompatible con la idea de las clases como determinadas objetivamente, sujetos que emergen espontáneamente y simplemente marchan para transformar la historia" (p. 141).

Creemos, sin embargo, que sus razonamientos establecen los marcos de las respuestas posibles a la pregunta antes planteada; y que esas respuestas son erradas.

En efecto, al enfatizar, frente al espontaneísmo, la exclusiva importancia de las fuerzas políticas

en el proceso de conformación de las clases, se torna posible de las críticas expuestas en el punto 1). Por añadidura, en tanto no reconozca a las clases ninguna posibilidad de existencia y desarrollo autónomo, las correcciones en la marcha del proceso revolucionario sólo podrán ser pensadas como el efecto de un proceso de elaboración teórica que ocurra en el interior de los partidos; la importancia de las experiencias de lucha y organización que transcurren más allá de esos partidos tiende a ser subestimada.

En los límites de este artículo sería imposible avanzar mucho más en la elaboración de estos temas; bastan pues, para concluir, algunas reflexiones generales.

1. Las relaciones socialistas no son el efecto de ningún desarrollo necesario. Sin embargo, en la dirección de una sociedad socialista, las contradicciones de que hemos hablado pueden producir diversos tipos de cambio y ninguno de ellos. La revolución es un forzamiento de la realidad. Ese forzamiento supone, es cierto, un acontecimiento intelectual (percepción del fin y de los medios) y la gradual creación de condiciones adecuadas.

Pero aquel acontecimiento no puede ser pensado como el fruto exclusivo de la acción de una vanguardia; sino como un diálogo, propuesto por las organizaciones socialistas, pero en el que deben participar todos los interesados. De no ser así, es probable que el resultado de un eventual triunfo político sea un mero cambio en las formas de la dominación social. Aunque en algunas sociedades ese cambio pueda significar un avance, desde el punto de vista de la construcción del socialismo ese cambio en las relaciones de dominación puede cons-

tituir un fracaso; sobre todo cuando sus nuevas relaciones de dominación permanecen ocultas y son, por ende, difícilmente cuestionables.

2. Es cierto que no existen ni ideologías esenciales ni procesos espontáneos. Todas las luchas suponen cierto grado de desarrollo organizativo y, por ello, la presencia de organizaciones y dirigentes. La suerte de las organizaciones revolucionarias dependerá del mayor o menor éxito de sus propuestas; es ese éxito el que les permitirá concretar el reconocimiento social que procuran.

Pero aun logrando ese reconocimiento, la práctica de esas organizaciones no puede ser pensada sino como parte de un proceso más global; cumpliendo una misión irremplazable, pero coexistiendo con otras formas de organización "de masas" no menos importantes y activas.

Es claro que, en tanto lo que se proponen los movimientos socialistas es un forzamiento de la realidad, sus dificultades son muy grandes. Pero, y esto es lo que nos interesa enfatizar en esta discusión, su éxito debe ser medido no sólo en relación a su eficiencia para golpear sobre el aparato del Estado —para lo cual ya es preciso cierta fuerza política masiva— sino también con respecto al tipo de relación que establecen con las clases que intentan movilizar. Es la confluencia de estos dos aspectos lo que permitirá el éxito; lo cual, sin duda, no es un desafío pequeño.

Un trabajo de esta naturaleza, y no sólo por nuestros límites intelectuales, difícilmente pueda aclarar los complejos mecanismos que permitirían el triunfo en aquel desafío. Ello sólo será posible en el proceso de rectificaciones permanentes que emergen de la relación teoría/práctica.

3. El debate sobre el llamado “pasaje de la clase-en-sí a la clase-para-sí” no se resuelve suprimiendo o redefiniendo el concepto de clase sino explicitando que ambos se colocan en niveles analíticos diferentes. En tanto el concepto de clase remite a determinaciones objetivas (“relaciones sociales necesarias e independientes de la voluntad”) que abarca aspectos económicos, ideológicos y políticos y que remite a la forma en que se estructura la producción en una sociedad determinada, el nivel de las organizaciones partidarias es el nivel de las estrategias y de los proyectos políticos. Estos, si bien deben encontrar formas de conexión con las clases sociales y de superación de las contradicciones interfraccionales, no reconocen o no precisan reconocer a una única clase o fracción como soporte posible. Deben, por el contrario, sumar la mayor cantidad de adeptos que sean conciliables con sus propuestas.

El privilegio de una u otra fracción de las clases subalternas en la prédica de las organizaciones revolucionarias tendrá menos que ver con las características revolucionarias esenciales de uno u otro de esos sectores que con una evaluación de los recursos de poder potencialmente movilizables por éstas. Aunque ese juicio sólo es posible analizando concretas formaciones sociales, podemos afirmar, como ejemplo, que es esa remisión a los recursos de poder lo que torna importante a la clase obrera (en los países capitalistas) y, dentro de ellas, a ciertas fracciones que constituyen lo que junto con Mallet podemos llamar “núcleo estructural”.

Que exista más de una organización que se proponga como socialista no hace sino revelar tanto las dificultades de esos intentos para coordinar, en una misma agrupación, las aspiraciones de las diver-

sas clases y fracciones subordinadas como el carácter necesariamente experimental de cada estrategia.

Bibliografía

Althusser, L. “Contradicción y sobredeterminación” en la **Revolución teórica de Marx, Siglo XXI**, México, 1971.

Reponse a John Lewis, Maspero, París, 1973.

Althusser, L. y E. Balibar. **Para leer “El capital”, Siglo XXI, Argentina, Bs. As., 1969.**

“Plusvalue et classes sociales (contribution á la critique de l’économie politique)” en **Cinq études du matérialisme historique, Maspero, París, 1974.** Berger y Luckman. **La construcción social de la realidad, Amorrortu, Bs. As., 1968.**

Bettelheim, Ch. **A luta de classes na Uniao Sovietica, Paz e terra, Río de Janeiro, 1976.**

Bordieu, P. **A Economia das trocas simbolicas, Ed. Perspectiva, Río de Janeiro, 1974.**

Bourdieu, P. y Passeron, C. **A reproducao, elementos para una teoría do sistema de ensino, Francisco Alves, Río de Janeiro, 1975.**

Buci-Glucksmann. “Sur les concepts de crise de l’Etat et son histoire” en N. Poulantzas. **La crise de l’Etat, Presses Universitaires de France, París, 1972.**

Cardoso, F.H. “Comentarios sobre os conceitos de superpoblação relativa a marginalidade” en **O modelo politico brasileiro, Sao Paulo, Difel, 1972.**

Gramsci, A. **El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce, Lautaro, Bs. As., 1958.**

- Gramsci, A. **Los intelectuales y la organización de la cultura**, Ed. Península, 1968.
- "Consejos obreros y democracia socialista", en **Pasado y presente**, varios autores, Número 33, México.
- Gramsci, A. **El resurgimiento**, Granica, Bs. As., 1974.
- Gramsci, A. **Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno**, Nueva Visión, Bs. As., 1972.
- Mann, M. "The social cohesion of liberal democracy" en **American Sociological Review**, junio de 1970.
- Marx, Karl. **Ideología e utopía**, Editora Globo, Porto Alegre, 1954.
- Mannheim, C. "Introdução a una critica da economia politica" en **Crítica da economia politica**, Ed. Flama, Sao Paulo, 1946.
- Marx, K. **O capital**, Ed. Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1971.
- Marx, K. "Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política", **Obras escogidas**, Cartago, Bs. As., 1957.
- Marx, K. **Capítulo VI (inédito)**, Siglo XXI, Argentina, 1972.
- Marx, K. y F. Engels. **A ideología alemá**, Ed. Presença, Lisboa, Vol. I, 1974.
- Nicolaus. **Proletariado y clase media en Marx: co-geografía hegeliana y la dialéctica capitalista**, Cuadernos Anagrama, Barcelona, 1972.
- Nicolaus. "El Marx desconocido", en **Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. (Borrador 1957-58)**, Vol. I, Siglo XXI, Argentina, 1973.
- Nun, J. **La marginalidad en América Latina: Informe preliminar**, ITDT, Bs. As., 1968.
- Nun, J. "Informe general sobre el proyecto marginalidad", **Revista Latinoamericana de Sociología**, 69/2, Bs. As., 1969.
- O'Donnell, G. "Notas sobre alianzas sociales en la Argentina", **Documentos de trabajo**, CEDES, Bs. As., 1976.
- O'Donnell, G. "Apuntes para una teoría del Estado", **Documentos**, CEDES/G.E., CLASCSO/No. 9, 1977.
- Parkins, F. **Class Inequality and political order**, Praeger, 1975.
- Portantiero, J. C. **Los usos de Gramsci**, Siglo XXI, México, 1977.
- Poulantzas, N. **Poder político y clases sociales en el estado capitalista**, Siglo XXI, México, 1971.
- Poulantzas, N. **Les classes sociales dans le capitalisme aujourd'hui**, Ed. Du Seuil, París, 1974.
- Przeworski, A. "El proceso de la formación de clases", en **Revista Mexicana de Sociología**, (México), año XL: Vol. XL, número extraordinario, 1978.
- Saltalamacchia, H.R. **Notas sobre el concepto de poder**, Mimeo., 1977.
- Stalin, J. "Sobre los fundamentos del leninismo", en **Cuestiones del Leninismo**, Bs. As., 1947.
- Weber, M. "Sociología de la comunidad religiosa", en **Economía y Sociedad**, FCE, México, 1944.
- Weber, M. "Clase, status, partido", en **Estructura de classes e estratificação**, Zahar Ed., Río de Janeiro, 1976. 